

**EN BÚSQUEDA DE UNA TEORÍA NATIVA SOBRE LO
ÍNTIMO: LAS FRONTERAS DE LA INTIMIDAD ENTRE
JÓVENES UNIVERSITARIOS/AS CISHETEROSEXUALES
DEL ÁREA METROPOLITANA DE BUENOS AIRES**

MERLINA ATZIN SESSANO*

Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales,
Universidad Nacional de San Martín (UNSAM),
Provincia de Buenos Aires, Argentina



*merlinasessano@gmail.com ORCID: 0009-0007-9336-6579

Artículo de investigación recibido: 16 de septiembre de 2023. Aprobado: 17 de enero de 2024.

Cómo citar este artículo:

Sessano, Merlina. 2025. “En búsqueda de una teoría nativa sobre lo íntimo: las fronteras de la intimidad entre jóvenes universitario/as cisheterosexuales del Área Metropolitana de Buenos Aires”. *Maguaré* 39, 2: 125-155. DOI: <https://doi.org/10.15446/mag.v39n2.120839>

RESUMEN

El objetivo de este artículo es examinar las potencialidades de una antropología del amor, a partir de un estudio etnográfico con jóvenes universitarios/as cisgénero-sexuales del Área Metropolitana de Buenos Aires. Con base en el análisis de entrevistas con 11 mujeres y varones cis de 21 a 30 años, busco reconstruir una teoría nativa de la intimidad valiéndome de tres oposiciones clásicas entre naturaleza y cultura, público y privado e individuo y sociedad. Me pregunto qué relaciones consideran íntimas y cuáles no, dónde ponen las fronteras de la intimidad, qué constituye una relación íntima y, en definitiva, qué es íntimo para ellos y ellas. Encuentro que la antropología puede aportar un punto de vista interesante para los estudios sociales del amor, al intentar comprenderlo de forma situada y no encajarlo en grandes teorías.

Palabras clave: amor, Argentina, intimidad, juventud, relaciones erótico afectivas.

TOWARD A NATIVE THEORY OF INTIMACY: THE BOUNDARIES OF INTIMACY AMONG CISHETEROSEXUAL UNIVERSITY STUDENTS IN THE BUENOS AIRES METROPOLITAN AREA

RESUMEN

This article examines the potentialities of an anthropology of love through an ethnographic study of cisgender university students in the Buenos Aires Metropolitan Area. Drawing on interviews with eleven cisgender men and women between the ages of 21 and 30, I seek to elaborate a native theory of intimacy by engaging with three foundational oppositions: nature/culture, public/private, and individual/society. I explore which relationships participants consider intimate or non-intimate, how they trace the boundaries of intimacy, and how they produce the meaning of intimacy in their own terms. I argue that anthropology provides a productive lens for the social study of love by attending to its situated, lived expressions rather than overarching theoretical frameworks.

Keywords: Argentina, erotic affective relationships, intimacy, love, youth.

INTRODUCCIÓN¹

En la antropología, hemos tendido a leer con simpatía lo que los y las sociólogas investigaron sobre el amor en las últimas décadas, incluidos los ahora considerados clásicos sobre el tema (Barthes 1986; Illouz 2007; 2009 [1997], 2016 [2011]; Giddens 1998 [1993]; Bauman 2015 [2003]) que han fundado una sociología del amor. Tal vez haya sido por considerarlo un problema característico de las sociedades modernas y occidentales o por la imposibilidad de *observar* y *participar* en el amor de otro/as. El amor tal vez irónicamente se consideró demasiado particular o demasiado universal para la antropología. Según la revisión hemerográfica que realizaron García y Cedillo en 2011, la antropología no se encontraba ni siquiera entre las primeras cuatro disciplinas sociales que habían publicado artículos sobre el amor en los anteriores treinta años. Históricamente, los y las antropólogas se han interesado por las relaciones de parentesco y matrimonio, más tarde por la sexualidad y más tarde aún por los afectos, pero tal vez no fue hasta la propuesta de una antropología del amor de Esteban (2007; 2011) que se pensó el amor como un posible problema antropológico. Y si bien desde entonces se han realizado más investigaciones, aún se está trabajando en afianzar al amor como un campo dentro de la disciplina. Con este artículo, que se desprende de un capítulo de mi tesis de la licenciatura en Antropología Social y Cultural en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) sobre las relaciones erótico-afectivas de la juventud universitaria cisheterosexual de Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), Argentina (Sessano 2022a), busco reflexionar sobre las potencialidades de una antropología del amor.

METODOLOGÍA Y ORIGEN DEL ESTUDIO

El trabajo de campo tuvo lugar entre julio de 2020 y julio de 2021, en el momento más álgido de la pandemia de covid-19, y consistió en realizar entrevistas etnográficas con 11 jóvenes de entre 21 y 30 años de edad, seis varones y cinco mujeres cisheterosexuales (o que en su mayor

¹ Este artículo se desprende de la tesis para obtener el título de Licenciada en Antropología Social y Cultural, Carrera de Antropología Social y Cultural, Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), titulada “Relaciones dibujadas: un acercamiento etno-gráfico a las relaciones erótico-afectivas de jóvenes universitarias cisheterosexuales en el AMBA”.

parte hablaron de relaciones heterosexuales) que residen y estudian o estudiaron recientemente en universidades en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y el primer cordón del conurbano. Algunos estudios sobre intimidades (Canevaro 2020) y sociabilidades eróticas (Palumbo 2019a) han utilizado la observación participante y entrevistas en pareja (Palumbo 2014). Debido al carácter íntimo y erótico de las relaciones abordadas en mi investigación, no usé estas metodologías. Trabajé con entrevistas individuales en profundidad basadas en las historias de amor y desamor de mis interlocutores.

Si bien originalmente diseñé una guía de preguntas, funcionó como un ordenador que modifiqué de acuerdo con el desarrollo de cada encuentro. Tomé prestada de las metodologías creativas y la cartografía social (Mannay 2017) la idea de pedirles a los/as entrevistados/as que realizaran dibujos sobre sus relaciones erótico-afectivas, que luego utilizamos como disparador para una entrevista abierta, guiada por los elementos y relaciones que aparecieron en cada dibujo, pero siempre manteniendo la “atención flotante” (Guber 1991, 223). Al tener como guías sus propios dibujos, las personas entrevistadas me llevaron a través de sus historias y mis preguntas apuntaron siempre a detallar más los comienzos, finales, etapas y desarrollos de cada relación. Los sentidos, ideas y valores que aparecieron naturalmente en cada relato posteriormente los sistematicé mediante una codificación inductiva y deductiva de las entrevistas y los dibujos. Por una cuestión de espacio y organización, aquí no hago referencia a estos últimos y trabajo más con ellos en otro artículo (Sessano 2022b).

Realicé seis entrevistas a través de videollamadas debido al contexto sanitario, y las demás, de forma presencial en lugares acordados previamente. Con el consentimiento de quienes participaron, grabé todas las entrevistas para transcribirlas luego. A diferencia de la copresencia, la virtualidad tuvo algunas dificultades técnicas y humanas de conexión que dificultaron la fluidez de la charla, ya que los gestos, tonos de voz y corporalidades se perdieron en la pantalla; sin embargo, estas diferencias no fueron sustanciales a la hora de analizar el material.

Respecto a la delimitación del universo de estudio, entiendo la juventud como una categoría cultural específica que se define en contexto, asociada a ciertas prácticas y consumos culturales y en relación con otras categorías, como la clase, el género, la etnicidad, etc. Además, la clase

media se construye a su vez de manera situada respecto de costumbres y consumos culturales específicos y principalmente por su identificación económica y se la ubica moralmente como el punto medio justo de la estructura de clases (Adamovsky 2013). En este caso, en el centro urbano más importante y rico del país, mis interlocutores tienen costumbres y características típicas de la clase media urbana argentina y de la Ciudad de Buenos Aires en particular. Elegí el pasaje por la universidad como indicador, ya que condensa estas características etarias y de clase, si bien, por supuesto, existen excepciones a la regla.

Considerando el uso que hace Adamovsky (2013) de la identificación como elemento clave de la definición de la clase media y la tendencia a relacionarse dentro del mismo sector, que además se fomenta en espacios como la universidad, la metodología de bola de nieve, a través de la cual contacté a mis interlocutores, asegura, hasta cierto punto, un reconocimiento de grupo entre cada persona que entrevisté.

Por último, siguiendo a Cosse (2010), entiendo que la juventud cisheterosexual de clase media y sus formas específicas de amar han representado la norma y el ideal de las relaciones erótico-afectivas en el último siglo. Este trabajo busca establecer una continuidad histórica con los textos de autores como Cosse (2010), Margulis (2003) y Palumbo (2014), que ya han estudiado las relaciones erótico-afectivas en este grupo en particular, en Buenos Aires, entre 1950 y 1980, 1990 y el 2000 y 2012 y 2014, respectivamente. Otros trabajos han estudiado las particularidades amorosas de otros grupos que no han representado históricamente la norma, por el ejemplo, entre la juventud de sectores populares (Margulis *et al.* 2003; Di Leo y Camarotti 2015), entre varones gays (Marentes 2020b), entre miembros de un colectivo de amor libre (Ferrario 2019), entre otros.

Estos trabajos se enmarcan en una corriente regional que se está dedicando a producir teorías situadas sobre las relaciones eróticas y afectivas en América Latina (Tenorio 2012; Rodríguez y Rodríguez 2016; Rodríguez 2019; García y Sabido 2014; Rutllant 2013; Bjerg 2019; Felitti 2000; 2012; Fernández y Linne 2019; Palumbo 2018, 2019a, 2019b; Marentes 2019a, 2020a, 2020b; Blanco 2014; Palumbo y Vázquez 2021; Gandolfi 2020, entre otros). Con diferentes enfoques conceptuales y metodológicos, busca comprender la particularidad del amor, las formas eróticas y afectivas de vincularse en determinados grupos y las dinámicas

de pareja en cada uno de sus países, ciudades y espacios, que, a su vez, están atravesados por las preguntas sobre la importancia del amor y de las relaciones erótico-afectivas en general como problema sociológico, por la aplicabilidad de las teorías del norte global a las realidades latinoamericanas y ante la posibilidad de generar teorías propias y situadas sobre la intimidad. En esta matriz de trabajos se inscribe esta investigación. Su alcance, sin embargo, es modesto, al basarse en un trabajo de campo limitado y un grupo bastante homogéneo. Estudios más amplios y, sobre todo, estudios comparativos tienen gran potencial a la hora de encontrar formas específicas de amor, erotismo e intimidad.

DEFINIR EL OBJETO DE ESTUDIO

El amor no es exclusivo de las relaciones “de pareja”. Muchos autores y autoras han trabajado “otros” amores. Incluso, en antropología, como el *nalli* en las comunidades inuit (Briggs 1995) y el amor a la comunidad o grupo como fundamento político (Ahmed 2015). Pero el amor que nos ocupa en este caso, ese que trabaja la sociología del amor y también el que empezó a delinear Esteban, es el que podríamos llamar amor romántico. Como propone la autora, es importante “distinguir entre el amor romántico, como construcción cultural en un contexto social e histórico determinado –la sociedad occidental de los dos últimos siglos–, y la experiencia individual y colectiva concreta del amor, que es mucho más amplia y compleja” (2007, 71). Como deseamos hacer antropología, acá nos ocupamos de esta experiencia amorosa. Sin embargo, no entiendo el amor, como lo hace Esteban (2007), como un modelo de pensamiento, acción y emoción, sino que sigo la idea de Marentes de amor romántico, que lo ve “como una estrategia emocional en la que la elección del sujeto amado se basa en la propia individualidad” (2019a, 3). Esta definición apunta a reconocer el carácter históricamente construido de una forma específica de vinculación y también a evitar caer en definiciones encantadas o prescriptivas. Al estar definidas por la elección del sujeto y no por el sentimiento, entiendo que todas aquellas relaciones erótico-afectivas donde los sujetos ponen en funcionamiento esta “libre” elección son el potencial objeto de análisis de una antropología del amor.

La categoría conceptual de lo “erótico-afectivo”, siguiendo a Palumbo, sirve para “dar cuenta de la multiplicidad de búsquedas de vínculos que aparecen cuando las personas acceden a los espacios de sociabilidad”

y a relaciones “eróticas, que pueden incluir sólo encuentros sexuales y otras que no conllevan a (sic) tener relaciones sexuales como compañía o flirteo” (2018, 1). Se usa también para hablar de la multiplicidad de vínculos eróticos y afectivos en general, que puede incluir un noviazgo monógamo y la relación entre personas que tienen sexo una vez por mes, pero también hacer *sexting* por Instagram, tener una cita fallida o declararle nuestro amor a una amiga o compañera de trabajo. Este concepto me sirvió para abarcar la multiplicidad de relaciones que describen los actores y que analizo en este trabajo.

En mi tesina, analicé las categorías que mis interlocutores utilizaban para nombrar sus relaciones, las negociaciones y arreglos que establecían, el trabajo relacional que conllevaba construir cada relación, los criterios con los cuales se constituían jerarquías entre unas y otras relaciones, la construcción de relatos del yo a partir del trabajo introspectivo y retrospectivo en la confección de historias amorosas y el lugar central de la “comunicación”. En este artículo, abordaré uno de los elementos nodales del amor según los estudios de los últimos 30 años y que fue central en mi investigación: la intimidad.

Lo íntimo, en su sentido habitual, siempre está situado de un lado (el mismo lado) de esa frontera entre esferas o mundos de la vida social que, se supone, deberían funcionar por separado (Zelizer 2009 [2005]). Es el lugar de lo privado, la naturaleza, lo femenino. En la cotidianidad, sin embargo, esas fronteras son porosas y móviles y lo íntimo a veces aparece en un ámbito que no le correspondería. La definición de lo íntimo es, ante todo, relacional. Las personas categorizan y jerarquizan sus relaciones negociando sus términos particulares y disputan los límites de lo íntimo de diferente forma, según su edad, su lugar de residencia, su género, etc. (Castilla y Canevaro 2021). Una de las tareas antropológicas y sociológicas a las que muchos/as autores/as se han abocado, y la que me ocupa en este artículo, es la de entender las lógicas y criterios con las que las personas establecen las fronteras entre aquello que es íntimo y lo que no lo es, en este caso específicamente en lo que atañe a las relaciones erótico-afectivas.

El objetivo de este artículo no es definir la intimidad a partir de categorizaciones conceptuales para ver cómo las prácticas de quienes entrevistado se adaptan o no a las grandes teorías del amor. Por el contrario, uno de los principales objetivos disciplinares de la antropología ha sido

históricamente comprender la red de significados propios a través de los cuales sus interlocutores entienden, construyen y experimentan determinadas dimensiones de la vida cotidiana y encontrar la perspectiva nativa sobre un problema social. Si bien se ha criticado esta pretensión, ya que ningún texto antropológico constituye una transcripción de las ideas de los actores, sino una reconstrucción e interpretación de quien investiga (Balbi 2011), creo que sigue siendo esta una de las características representativas de la disciplina. En este caso, busco averiguar, según los relatos de mis interlocutores, qué relaciones consideran íntimas y cuáles no, dónde colocan las fronteras de la intimidad, qué constituye una relación íntima; en definitiva, qué es íntimo para ellos y ellas. Mi búsqueda tampoco es reclamar un lugar privilegiado de la antropología para estudiar el amor, sino evaluar qué potencialidades tiene estudiar el amor y las relaciones erótico-afectivas en general desde su punto de vista particular; en otras palabras, encontrar una teoría nativa.

En esta búsqueda identifiqué tres oposiciones clásicas del pensamiento occidental que son a la vez retomadas y tensionadas en los procesos discursivos, simbólicos y prácticos a través de los cuales mis interlocutores construyen las fronteras de lo íntimo en sus relaciones erótico-afectivas: 1) naturaleza/cultura o sexo/afecto; 2) público/privado, afuera/adentro o cuerpo-realidad/virtualidad; 3) individuo/sociedad o individual/de pareja.

“LO NUESTRO ERA SOLO PARA DIVERTIRSE”: NATURALEZA/ CULTURA O SEXO/AFECTO

En las teorías sobre lo íntimo, las relaciones eróticas entran de cabeza en la bolsa de la intimidad. El sexo fue una de las cosas que antes estaba oficialmente restringida a la pareja y que, si no lo estaba, debía permanecer en secreto, algo que se comparte con una sola persona o unas pocas, seleccionadas a lo largo de la vida, que se hace en el lugar más privado del espacio doméstico –idealmente la habitación– o en otro lugar a escondidas, algo secreto, algo especial. Pero ahora, en un contexto de reivindicación del deseo y el goce femeninos, de hipersexualización e instantaneidad (Marentes y Palumbo 2021), muchas personas se relacionan eróticamente con muchas otras a lo largo de su vida, muchas veces incluso al mismo tiempo. Quieren “experimentar” (con) su sexualidad. Entonces, si lo íntimo tiene que ver con aquello que pocos comparten, ¿es hoy el sexo algo que constituye relaciones íntimas?, ¿qué significa para

estos/as jóvenes tener relaciones sexuales con alguien? Para una teoría nativa de lo íntimo voy a revisar los discursos que mis interlocutores producen sobre “lo sexual”.

Es el sexo como naturaleza

En primer lugar, surge una noción “naturalista” de la sexualidad. En general, aparece como fundamento de ciertas preferencias, decisiones y acciones en el universo de las relaciones erótico-afectivas, por ejemplo, a la hora de elegir tener un arreglo abierto, es decir, un acuerdo explícito dentro de una pareja que implica variables formas de no monogamia.

En nuestra entrevista, Cami, una diseñadora gráfica de 26 años, hizo una analogía entre la monogamia y una cajita. En esta cajita guardaba todos sus deseos para luego cerrarla con llave y entregarle la llave al otro, su pareja monógama. Afirmó que, a pesar de estar guardados esos deseos “múltiples”, no desaparecen, aunque encerrados siguen *estando ahí*, y esto le parecía un tanto perturbador. Por su parte, Martu, de 22 años y estudiante de ciencias físicas, afirma que para ella tener una relación abierta es tener el poder de seguir ciertas “pulsiones”, ganas de tener relaciones ocasionales, sentirse “sexi”, seguir su “atracción” por y tener “juegos” con otras personas.

Ambas fundamentan la preferencia por relaciones abiertas en una noción del deseo y la atracción como invariablemente múltiples y en algún punto inevitables (aunque no incontrolables), como “pulsiones” que siempre están ahí o que siempre pueden aparecer y que no deberían ser limitadas. O, mejor dicho, que no les gustaría tener que limitar. Martu, aunque afirma que no le gusta hacer referencia a ello, trae explícitamente la idea del instinto/naturaleza humana no solo como origen de sus ganas de relacionarse sexualmente con *otras* personas, sino también como fundamento razonable de por qué debería poder hacerlo. Esta supuesta naturaleza múltiple, profunda e incontrolable del deseo legitima una forma de relacionarse y una forma de desear que se opone al arreglo monógamo, en cuanto construcción cultural represiva de esa naturaleza. Lucas, estudiante de música de 24 años, tiene una relación monógama con la chica con la que sale y planea charlar la posibilidad de tener una relación abierta, para no sentirse “atado”. En este adjetivo o condición, como en la metáfora de la caja cerrada con llave, se deja ver la potencia negativa que tiene para las y los actores la sola idea de limitar

los propios deseos. En las palabras de Jaime, licenciado en psicología de 30 años, es aún más evidente el carácter naturalista de esta noción, al hacer referencia a la satisfacción sexual como una “necesidad”. Durante la cuarentena, el uso de la App de citas OkCupid le abrió un mundo de posibilidades erótico-afectivas en la virtualidad, en donde durante un tiempo encontró con quienes hacer *match* y tener sexo virtual o hacer *sexting* con el fin de “satisfacer las necesidades del momento”.

En estos relatos, la sexualidad parece una suerte de fuerza natural, de necesidad que debe ser satisfecha, ya sea de naturaleza biológica o psíquica. La asociación de la búsqueda sexual con las necesidades humanas, en un marco de pensamiento occidental, tiene un efecto universalizador sobre la experiencia del sexo. Aunque la apelación a la naturaleza como respaldo puede ser estratégica, síntoma de una creciente reivindicación del placer femenino que viene, en Argentina, por lo menos desde los años sesenta (Trebisacce 2015), esta concepción también se acerca a una lógica individualista, que otros/as investigadores/as han llamado “policonsumo de cuerpos” (Díaz, Garzaniti y Navarro 2023), que se condensa en la idea de que los deseos están para ser satisfechos y no poder hacerlo implica una represión del individuo, y que convierte al/la otro/a en objeto consumible y le “ahorra” al individuo una “inversión emocional” (Hochschild 2008 [2003]). De cualquier manera, como veremos, esta idea tiene consecuencias en las formas de concebir la intimidad en el marco de estas relaciones en particular.

El sexo como esfera independiente

Lucas está saliendo con una amiga desde hace seis meses, aunque su relación con ella se remonta ya a seis años. Le pregunté cómo empezaron a salir y me contó que hacían muchos planes de forma amistosa, hasta que recientemente se “activó la parte sexual”. Si bien esto generó un cambio en la relación, para Lucas la parte sexual únicamente “se suma” a la gran amistad, el cariño y la responsabilidad que preexistían. Ahora, después de varios meses de estar saliendo, está pensando en proponerle tener una relación abierta “al menos” en lo sexual.

Esto nos lleva a otra idea respecto a “lo sexual” que circula entre estas y estos jóvenes: correspondientemente con su carácter “natural” y, como tal, incontrolable. En las relaciones afectivas lo sexual puede activarse y desactivarse y también puede funcionar de manera separada,

con relativa autonomía de lo emocional. Por lo tanto, puede haber relaciones en las que hay sexo, pero no emociones.

Leti tiene 21 años y estudia ciencias matemáticas. Ella me contó que durante el último año de noviazgo con Pablo “algo” dejó de “funcionar”, pero no fue el amor, porque continuaron queriéndose mucho. Poco a poco, se dieron cuenta de que ya no tenían ganas de tener sexo. Esta historia es inversa a la de Lucas. En su amistad lo sexual “se activó” y en la relación de Leti con su novio lo sexual se “desarmó”, pero la amistad continuó, “cargada de una intimidad” que ella no tiene con ninguna otra persona.

Cindy, una joven de 26 años que estudia ciencias físicas, aún estaba saliendo con su exnovio Teo cuando ella y Gustavo, que se conocían de la facultad, comenzaron a gustarse. Pero recién empezaron a salir cuando Cindy cortó con Teo, momento para el cual ella y Gustavo ya tenían una gran amistad. Para ella, su amistad y su relación erótica van por separado, como líneas paralelas, o al menos eso le gustaría. Confía en que, si el vínculo erótico se termina, podrán seguir manteniendo una relación amistosa y cariñosa.

En estos relatos, las relaciones de mis interlocutores cambiaron de nombre y de estatus y cambiaron sus formas y sus “prácticas cotidianas” (Zelizer 2009, 55) a partir de que empezaron o dejaron de tener relaciones sexuales. En definitiva, cambiaron sus límites, lo que las definía y las separaba de otras relaciones. Pero, según sus protagonistas, la intimidad que las caracterizaba preexistía al sexo y continuó existiendo cuando dejó de haberlo. Esto no quiere decir que la intimidad no se haya transformado en uno y otro caso. Pero si, como dice Neiburg (2003), de la intimidad se puede entrar y salir, el sexo, en estos casos, no es *necesariamente* la puerta de entrada, aunque puede serlo en determinadas circunstancias.

Lo que para los actores constituye su intimidad no es el sexo, sino *otra* cosa. El sexo, de hecho, a veces aparece como posible disruptor de la intimidad. Así como una de mis interlocutoras desea que su amistad continúe si se rompe la parte erótica de su relación con su novio, otro afirma que al principio temía que empezar una relación erótica con su amiga pudiera arruinar su amistad. En estos ejemplos, se reproduce la lógica de que lo íntimo debe ser protegido (Castilla y Canevaro 2021).

La frontera de lo íntimo

Si la intimidad tiene que ver con aquello que se comparte con pocos, tener sexo con muchas personas se vuelve una complicación y la frontera entre vínculos íntimos y no íntimos ya no puede definirse con base en el sexo. La intimidad puede preexistir al sexo y puede prevalecer después, aunque en general lo hace de formas ambiguas. Muchos/as de mis interlocutores/as tienen relaciones que caminan por el borde de lo íntimo constantemente. La intimidad es ese “nada más”, aquello que no tienen las relaciones en las que hay sexo, pero que no son consideradas importantes. Es eso que las relaciones importantes tienen y a lo que lo sexual solamente “se suma”. La intimidad es lo que hace diferentes a unas relaciones en las que hay sexo de otras, es lo que particulariza la experiencia natural y universal del sexo. Por supuesto, tener sexo también es lo que diferencia algunas relaciones íntimas de otras.

La intimidad debe ser ceñida para mantener su esencia, su lógica. Como dice Zelizer, “los protagonistas y los expertos distinguen con mucho cuidado las relaciones de intimidad de otras relaciones que comparten las mismas características” (2009, 41). Un ejemplo paradigmático es el de Martu. Ella y su pareja tienen un arreglo abierto según el cual pueden tener relaciones con otras personas. Pero cuando ella y un amigo “medio tonteando” empezaron a tener sexo, su relación con su pareja pasó por un momento de crisis, “cambiaron las reglas del juego”. Martu tuvo relaciones sexuales con otras personas a lo largo de su relación, sin embargo, este caso fue diferente porque, en comparación con esas otras personas, con su amigo tenía una relación previamente cargada de afecto, de intimidad. No es el sexo el que distingue los vínculos, sino la afectividad la que establece la frontera, la que carga de intimidad una relación, porque pertenece al “mundo interno” de los individuos.

Los límites, sin embargo, son delgados, y algunos lo saben. Justo, que tiene 24 años y estudia historia, tiene un arreglo abierto con su novia. Sostiene que hay que ser “honesto con uno mismo” al tener una relación paralela, y preguntarse si se tiene intención de convertirla en una relación romántica o formal, o si nada más la está “pasando bien y listo”. Más tarde, sin embargo, afirma que la línea es difusa, por eso su arreglo consiste en terminar cualquier relación que pueda apuntar a convertirse en “algo más”. El sexo no hace íntimas a las relaciones de forma inmediata, pero esto no quiere decir que las relaciones no puedan transformarse,

profundizarse y convertirse en relaciones de intimidad a partir de él. En el caso de Justo, no solamente el tiempo es un factor, sino también la decisión de permitir que un vínculo *se vuelva*, o no, íntimo.

En este punto se evidencia el carácter normativo de las emociones (Hochschild 2008) y los esfuerzos que algunos/as deben hacer para que coincida lo que sienten con lo que suponen que deberían sentir o, en este caso, *no sentir*. Las emociones definen el estatus de las relaciones, las hacen más o menos íntimas y les dan un marco específico de obligaciones y derechos. Existen relaciones en las cuales no se deberían, según mis interlocutores, desarrollar emociones, no pueden volverse íntimas, porque amenazarían las relaciones verdaderamente íntimas, en las que no solo están permitidas, sino que *debe* haber emociones específicas. El temor a la emotividad, sostiene Ahmed, se relaciona con el miedo a “ser moldeado” por otros. En ese sentido, y utilizando la misma metáfora, la emoción supone un peligro a la intimidad, supone la posibilidad de ser penetrado por otro. Sostener que una relación puede estar exenta de emociones es una forma de “responder a los objetos y a otros” (2015, 24) y puede constituir una estrategia para delimitar lo íntimo.

De todas maneras, como dice Justo, la línea es difusa. Las personas involucradas no necesariamente quieren lo mismo: “tal vez lo nuestro era solo para divertirse, pero es que este tonto suele confundirse”, dice la canción de Paulo Londra (2019) que le da título a este apartado. Parafraseando a Zelizer (2009, 123), las relaciones, en este caso, sexuales, implican la promesa y la amenaza de convertirse en relaciones con mayor involucramiento afectivo y mayor relevancia.

Cabe preguntarse, de todas maneras, si las relaciones “sin emociones” no están, también, normativizadas. ¿Acaso todo el sexo es divertido, placentero, cariñoso como en las comedias románticas de Hollywood? Jaime afirma que está teniendo “sexo vacío” y que la última vez que sintió algo fue con su exnovia. Sin embargo, acto seguido menciona que se va “angustiado de cada encuentro” nuevo y que la situación le está haciendo mal. Espera sentirse de determinada manera al tener encuentros sexuales o en todo caso espera no sentir nada y, sin embargo, se siente angustiado. La percepción de ciertas emociones como equivocadas –contradicción entre lo que esperamos sentir o lo que creemos que deberíamos sentir y lo que sentimos– da cuenta de la existencia de reglas de sentimiento (Hochschild 2008, 144-146).

Mis interlocutores hacen un esfuerzo por deslindar el sexo de las emociones, de forma tal que el primero, vaciado de particularidad, es colocado del lado de lo natural, se convierte en una necesidad, una experiencia universal que no puede ser íntima en sí misma, aunque en la experiencia no deja de estar cargado de múltiples sentidos y sentimientos, desde la intimidad y el cariño, la confianza, la diversión, el aburrimiento hasta la angustia. Lo verdaderamente íntimo sería aquello particular que, supuestamente, se comparte solo con pocos/as: las emociones y los pensamientos.

Canevaro y Abramowski se preguntan por qué las emociones han sido relegadas en los estudios sociales. “Una explicación disponible es la inmediata ligazón de lo afectivo con lo singular e irrepetible” (2017, 11), sostienen retomando a Illouz. Por lo menos hasta este punto, el sexo parece ligado a una experiencia natural del cuerpo que los actores trabajan por separar, en un acto cartesiano, de ese mundo interno del sujeto, locus de lo psicológico, lo singular, lo emocional. Para mis interlocutores, entonces, lo verdaderamente íntimo está ligado con la afectividad, pero no con cualquiera: una que se pone en juego en relaciones especiales, ligada a la historia compartida y el cariño mutuos; en definitiva, una afectividad ligada al amor.

LA INSOPORTABLE LEVEDAD DEL SEXO VIRTUAL: PÚBLICO/ PRIVADO, AFUERA/ADENTRO, REAL/VIRTUAL

Como mencioné en la introducción, realicé el trabajo de campo para esta investigación en el contexto de la pandemia del COVID-19, por lo que la totalidad de las entrevistas y muchas de las situaciones y relaciones nombradas en ellas están atravesadas por la pandemia. Aunque podría haber sido tanto el tema central de la investigación, como también solamente el contexto (siempre dama de honor, pero nunca la novia), decidí dedicarle un apartado especial a las relaciones erótico-afectivas durante la cuarentena.

En la Ciudad de Buenos Aires y el conurbano, el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) fue relativamente estricto desde el 19 de marzo hasta el 9 de noviembre de 2020. Este consistía en la prohibición de la circulación y la concentración por cualquier motivo que no fuera de emergencia. Después de eso se estableció el Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio (DISPO) y las restricciones se relajaron un poco,

comenzaron a volver a la modalidad presencial algunos trabajos y abrieron algunos lugares de esparcimiento centrales para la sociabilidad juvenil.

La cuarentena supuso en todo el mundo una ruptura en los órdenes espacio-temporales de la vida cotidiana a los que veníamos acostumbrados/as. Esta situación extrema y extraordinaria dejó al descubierto la importancia que tiene la espacialidad a la hora de pensar la intimidad. A partir de la situación de aislamiento “lo público y lo privado se solaparon (no sin múltiples conflictos) en un mismo espacio físico entrecruzándose, pero sin fusionarse” (Castilla y Canevaro 2021, 98). El trabajo, el estudio, las reuniones con amigos/as, aunque sucedían virtualmente, nos encontraban físicamente “en casa”, compartiendo el espacio con las personas con las que convivíamos.

Paradójicamente, esa situación anuló cierta dimensión de las relaciones íntimas que tenían lugar en el espacio privado y también otra que sucedía en el espacio público. “La hexis amorosa se conforma por gestualidades que se dan tanto en el ámbito íntimo como en el público” explica Palumbo (2017, 180), haciendo referencia a la cercanía, los gestos, los movimientos específicos de los cuerpos en las relaciones amorosas. Sobre todo en el caso de las relaciones heterosexuales, hay ciertas prácticas íntimas y eróticas que tienen lugar en espacios públicos y momentos colectivos sin problemas, como besos, abrazos, caricias, miradas. Según Blanco (2014), estas constituyen intimidades públicas. Sabemos, entonces, que la separación de las esferas privada y pública, de sus espacios y tiempos, no es ni total ni ahistorical, sino que consiste en un orden social de prácticas, lugares y símbolos que de naturales no tienen nada y que, durante siglos, ha alojado en su seno uno de los núcleos de la desigualdad de género. Las fiestas, manifestaciones, juntadas con amigos/as, clases del colegio o la facultad, oficinas apabulladas, clubes y viajes donde las personas, y específicamente los y las jóvenes de clase media, podían encontrarse, conocerse, gustarse y encontrarse de nuevo, quedaron vedadas. “¿Y ahora quién me va a querer?”, se preguntaba Leti, según ella, representando a todas las personas que no estaban en pareja al empezar la cuarentena.

La pandemia no fue un tema por el que yo preguntara específicamente en las entrevistas, ya que fue el contexto inevitable de las vidas, relaciones y proyectos de mis interlocutores, de mi propia vida y del mundo entero. Algunas de las personas que entrevisté tenían planeado irse de sus hogares familiares y no pudieron hacerlo, otras no lo tenían

planeado y lo hicieron, algunas se habían ido y tuvieron que regresar. Para quienes pasaron la cuarentena en casa de sus padres, en muchos casos, también quedó vedado el espacio privado que tenían en ellas para compartir con otros/as, ya que las visitas y excursiones quedaron sujetas a negociaciones familiares en donde entraban en juego el miedo y la responsabilidad.

En este contexto en el que estaba prohibido salir de casa, con excepciones muy específicas, en el cual los cuerpos, de los/as otros/as y los nuestros, representaban un peligro, en el cual el distanciamiento era la normatividad oficial de ordenamiento de los cuerpos, surgieron nuevos interrogantes para la práctica de las relaciones eróticas y afectivas: ¿dónde y cuándo juntarse, besarse, tocarse?, ¿cómo conocer gente nueva?, ¿en qué circunstancias vale la pena asumir el riesgo de *salir* o de invitar a alguien a pasar? En definitiva, ¿cómo entablar y/o sostener relaciones íntimas en este contexto y, sobre todo, qué nos permite ver todo esto en relación con lo íntimo? A continuación, voy a analizar algunas de las experiencias pandémicas de mis interlocutores.

En los casos de quienes se encontraban en relaciones “de pareja”, la situación fue particular. Una de las características de este tipo de relaciones es su formalidad ante las terceras partes, las personas externas a la pareja, sobre todo las familias. Estas conceden legitimidad para ciertas costumbres, como pasar tiempo en los hogares de ambas familias y vivir su sexualidad en la casa de sus padres (Margulis *et al.* 2003). Cuando se estableció la pandemia, estas parejas gozaron también de cierta legitimidad para ser consideradas parte de la burbuja familiar desde el momento cero o al menos rápidamente. Por ejemplo, el novio de Sofi se quedó a pasar los primeros meses de la cuarentena con ella y su familia en la casa de sus padres.

Muy diferentes fueron las experiencias de quienes no se encontraban en relaciones de pareja. Tomi, que tiene 24 años y estudia producción musical e ingeniería de sonido, vive con sus hermanos menores, su papá y su mamá, a partir de la pandemia comenzó a ser considerada una persona “de riesgo”, al igual que su hermano. Esta es una de las razones por las que Tomi decidió ser muy respetuoso de las medidas, sobre todo al comienzo. En enero conoció a una chica en un viaje por Europa y comenzaron a salir. Al poco tiempo de su regreso el gobierno nacional impuso el ASPO. Durante los primeros meses se fueron conociendo

por videollamada y chateaban todos los días. Tomi la recuerda como una época de “añoranza” de la otra persona, linda y triste a la vez, porque pasaron a distancia la primera etapa de “desarrollar emociones superfuertes”, sin cuerpos que se tocan, se huelen, se sienten, y no tenían idea de cuándo iban a poder verse en persona. Cuando comenzaron a juntarse, solo fue en lugares fuera de sus casas. La primera vez, él fue en automóvil hasta donde ella vivía y se encontraron en el estacionamiento. Estas medidas fueron tomadas como parte del cuidado de sí mismo y, sobre todo, de su familia; no obstante, Tomi sentía que por esta relación “valía la pena exponerse” y empezaron a verse cada vez más seguido.

Otro caso es el de Cami y su “chongo de cuarentena”. En la actualidad, en Argentina, el término “chongo/a” se utiliza ampliamente para referirse a personas con las que se tiene relaciones sexuales con mayor o menor frecuencia, mayor o menor compromiso, más o menos afectividad, y que no llegan a adquirir el grado de importancia que tienen otro tipo de relaciones. Cami descargó OkCupid antes de que comenzara la pandemia y lo siguió usando durante la cuarentena, a veces solo para matar el aburrimiento. Afirma que fue un aburrimiento, “un bodriazo total”, porque ni siquiera te podías ver, y que la gente siguió usando la aplicación en pleno ASPO, porque estaba sola y quería hablar. Sostiene que a la sociabilidad por medio de las aplicaciones “le faltan muchas cosas”: como ver a la persona moverse, hablar, cosas que para ella son las que hacen que una persona te guste cuando la conocés. A pesar de esto, ella pudo entablar una relación de chongeo con un chico en pleno 2020. A través de la aplicación comenzó a chatear con un chico que estaba viviendo a pocas cuadras de su casa, esperando a que abrieran las fronteras para volver a su país de residencia. Primero, se vieron en un kiosco cercano donde fueron a comprar tabaco. La siguiente vez en la puerta de la casa de Cami, pero a dos metros de distancia, de diferentes lados de la verja de entrada. La siguiente vez, él pasó la tranquerita. “Fue todo muy lento”, recuerda Cami. Chateaban todos los días y alguna vez hicieron *sexting*. Eventualmente “fue insostenible verse sin darse un beso” y finalmente “chaparon” y él empezó a quedarse a dormir en su casa.

La falta de copresencia del cuerpo en las relaciones a través de aplicaciones virtuales es evidente para Cami. Algo falta. Algo que a Tomi lo hace añorar esa cercanía. Cami nunca expresó que el cuidado o el miedo fueran las razones y, sin embargo, verse y besarse fue más lento

en relación con la “normalidad” prepandémica, pero eventualmente no tocarse se volvió “insostenible”. Los cuerpos se imponen. *Algo* de lo íntimo en estas relaciones está incompleto sin el encuentro de los cuerpos.

Otro usuario de OkCupid es Jaime. A través de esta App comenzó una relación con una chica. Fue “un vínculo superrelación virtual”: durante cuatro meses hablaron casi todos los días en una relación de afecto y sexo en línea. Al principio estaban reticentes al *sexting*, porque preferían “la vida real”. Sin embargo, después de un tiempo comenzaron a hacerlo, al ver que la situación viral no mejoraba y ella no quería, o no podía, ver a nadie en persona hasta que se aliviara el escenario, porque vivía con una persona de riesgo.

La relación se extendió hasta que llegaron los meses de apertura de las restricciones y para Jaime –quien comenzó a tener encuentros sexuales “en el mundo real” con otras chicas que conocía a través de la aplicación–, la relación “empezó a perder valor”. En ese momento le propuso tener un encuentro en persona. La notó muy insegura al respecto, pero finalmente fue a su casa y fue “loco y estuvo rebueno” después de haber pasado meses teniendo sexo virtual. Después de eso, ella prefirió no volver a verse en persona y él, entonces, terminó el vínculo, porque estaba agotado de tanta “virtualidad sin realidad”.

La virtualidad como algo diferente a la realidad implica la falsedad o, por lo menos, la incompletud de los vínculos que se gestan y sostienen sin copresencia, sin cuerpos. Y no es solamente el sexo presencial, sino, como decía Cami, ver a la otra persona moverse y también escuchar su voz sin dispositivos mediadores.

Cindy me contó sobre la relación de su hermana. Ella y su novio se conocieron en marzo del 2020 y empezaron a tener citas virtuales. Empezaron a andar en bicicleta, sin tocarse y sin besarse por varios meses, hasta que se animaron y se dieron un beso. Otra vez, el miedo y el cuidado, el peligro que representaban los cuerpos, fueron propulsores de un estiramiento del tiempo en algunas relaciones. Cuánto, dependió de las situaciones particulares. La “necesidad” de romper esa distancia obligatoria fue previamente evaluada en menor o mayor medida por cada persona. En algunos casos el temor era menor, como puede ser el de Jaime, que no casualmente no convive con sus padres, y en otros, más influyente, como el de Tomi. De forma correspondiente,

en algunos casos parece haber actuado la “naturaleza”, como veíamos en el apartado anterior, y las ganas de tocar otro cuerpo se impusieron cual “necesidad”. En otros, el motor fue la emocionalidad. Solo en un vínculo fuertemente afectivo valió la pena asumir el riesgo.

Antes de la pandemia existían determinados espacios y tiempos y formas de conceptualizar, categorizar y valorizar las diferentes relaciones (en este caso, erótico-afectivas), según los cuales se modificaban los límites corporales permitidos, a la vez que su corrimiento modificaba las formas de valorar y categorizar las relaciones en distintos contextos (Palumbo 2017). En la pandemia, los límites corporales permitidos se volvieron motivo de legislaciones, condenas morales y fuertes ansiedades. De repente la conexión impensable entre compartir un mate y la muerte se acortó. Ni hablar de besarse. En algún punto microscópico o metafórico, la pandemia iluminó la red de baba (o vínculos sociales) en las que se encuentran sumergidas, enredadas todas las relaciones “de a dos”.

Así, estas relaciones íntimas se vieron dislocadas. Y cuando la falta de corporalidad se sintió, se sufrió, se hizo “insostenible” y se impuso, los actores, retomando a Palumbo (2017), tuvieron que negociar los límites corporales permitidos en cada una de sus relaciones erótico-afectivas de forma particular, así como sus tiempos y espacios. Al final, los cuerpos se volvieron a encontrar. Mis interlocutores dan cuenta en este punto de la inseparabilidad de la corporalidad y lo afectivo en la construcción de lo íntimo, en referencia no solo al sexo, sino a la experiencia corporal del/la otro/a o con otro/a en general. Si bien aún el cuerpo en aislamiento es territorio de intimidad (y cabría preguntarse por la corporalidad en relaciones íntimas a distancia), en este caso compartir cuerpo constituye una instancia afectiva y además una instancia hacedora de intimidad.

De la misma manera, otra cosa que se dislocó en la pandemia fueron los contextos de sociabilidad, lo colectivo, el “mundo externo” del sujeto, que irónicamente constituye otra dimensión de las relaciones íntimas. Leti salió con varios chicos a lo largo de su vida y se dio cuenta durante el último año de que le gustan más las chicas. Los últimos meses antes de nuestra entrevista estuvo saliendo con una chica que conocía hacía varios años, pero con quien empezó a chatear y tener un par de citas a finales de 2020. Todo estaba yendo bien, nunca se había sentido tan cómoda, pero había algo que no le “cerraba”, no la convencia. “Nunca

la vi en situaciones sociales”, expresó. Al estar restringida la circulación, no haber eventos ni juntadas, su contacto había sido casi únicamente una a una. Por eso, Leti sentía que no conocía una parte importante de ella, una parte de cómo se desenvuelve en el mundo, porque no la conocía en lo social, interactuando con otras personas, en situaciones sociales y cotidianas, nunca tomaron juntas el transporte público, fueron juntas a una fiesta o a un museo. En algún punto lo colectivo constituye su intimidad.

A pesar de que en el primer apartado de este capítulo las relaciones íntimas parecían relacionarse con la afectividad, correspondiente al “mundo interno” de las personas, en este apartado emerge la importancia de los cuerpos, del contacto físico con otros/as, del movimiento de los cuerpos en relación con otros cuerpos y cosas, de la interacción presencial, cotidiana y colectiva, a la hora de *completar* la intimidad. Conocer el “mundo externo” del/la otro/a, irónicamente, parece ser igual de importante que conocer su “mundo interno” y romper de nuevo las fronteras establecidas por los mismos sujetos. Si bien lo íntimo aparece ligado a una afectividad interna del individuo, esta es inseparable no solo de la experiencia corporal de cada una/o sino de la corporalidad compartida y también precisa de compartir su vida cotidiana colectiva y superficial. Las fronteras entre afuera y adentro se diluyen en la misma medida en que se inventan.

“UNO LOS DOS”: INDIVIDUO/SOCIEDAD O INDIVIDUAL/DE PAREJA

La sociología se ha dedicado a estudiar el fenómeno amoroso ligado al desarrollo del individualismo moderno, suponiendo la existencia del individuo y de la pareja como vínculo que conforman exclusivamente dos individuos libres (Marentes 2019a). Las personas se esfuerzan constantemente por mantener en pie la idea de ser dos; sin embargo, en los relatos de sus experiencias dan cuenta de que esto no funciona de tal manera. Como expuse antes, autoras como Zelizer (2009) advierten sobre el trabajo relacional de muchas personas que lleva consigo conformar y sostener un vínculo “de a dos”. Pero, en este contexto de subjetividades individualizadas, las personas deben también construirse como individuos, reafirmar sus propios límites. Para continuar dilucidando una teoría nativa de lo íntimo, en este apartado me pregunto dónde y cómo ponen estos límites los y las jóvenes que entrevisté y qué cosas pertenecen a la intimidad de la pareja y cuáles son cuestión individual.

En las parejas, aparecen las ganas de tener un espacio propio e íntimo respecto a sus otros espacios privados, compartidos, por ejemplo, con sus familias. La experimentación de la sexualidad en la casa de los padres goza de legitimidad por lo menos entre la clase media (Margulis *et al.* 2003). Sin embargo, el deseo de tener un espacio propio fuera de la casa familiar lo comparte la mayor parte de los y las jóvenes y no solo quienes tienen una pareja. Es preciso tener en cuenta las condiciones económicas actuales y de la juventud en particular. Ya sea por un deseo de independencia, un mandato, una mala relación en el seno familiar u otras razones, los y las jóvenes desean irse de la casa de sus padres, pero las posibilidades económicas de hacerlo se incrementan al llevarlo a cabo de forma compartida con otras personas. El deseo de mudarse con una pareja no es independiente de las facilidades económicas que representa ni del peso cultural de la convivencia a la hora de presentarse como un proyecto a largo plazo que se impregna del modelo de las uniones libres (Cosse 2010).

Al comenzar la pandemia, Martu y su pareja se mudaron a un monoambiente, porque tenían unas relaciones “de mierda” con sus familias y no querían pasar la cuarentena con ellas. Tuvieron la facilidad de no tener que alquilar el departamento, ya que pertenece a la familia de él. En los primeros meses pasaban todo el tiempo juntos, incluso las escasas salidas al supermercado, al punto de llegar a ser algo “tóxicos”, como una “símbiosis”. Respecto a la convivencia, Martu cree que el hecho de vivir en un monoambiente hace difícil “gestar un espacio personal”. Se pregunta hasta qué punto es válido invitar a sus amigo/as habiendo “espacios finitos” y “si sabés que hay otra persona ahí”. Le parece incómodo tener que convivir constantemente con la “mirada” del otro, aunque no sea una mirada juiciosa, donde la sobreinterpretación de los gestos cotidianos tornaba “denso el ambiente”.

Martu le adjudica este problema al monoambiente y se pregunta si en un lugar con tres ambientes sería lo mismo. En este ejemplo aparece una de las dimensiones a partir de las cuales las personas trazan límites, tal vez la más tangible: la espacial. Muchas investigaciones que ponen el foco en la intimidad recalcan la importancia del espacio y el tiempo “privados” a la hora de construir intimidad (Canevaro 2020; Castilla y Canevaro 2021), no solo de las parejas, sino de las personas individuales. Y con privado se hace referencia a la soledad, como en el ejemplo de Martu, el estar lejos de la mirada de otro. En otro sentido, tener tiempo privado

implica no únicamente tiempo en soledad/intimidad, sino un tiempo para dedicar a proyectos propios.

Lucas estaba saliendo con una chica, pero decidieron separarse, porque tenían otros proyectos individuales, como el trabajo y el estudio, que en el momento les parecían más importantes e incompatibles. Esto no quiere decir que los proyectos “de cada uno/a” no puedan ser compartidos. Cami recientemente decidió acompañar a su pareja a vivir a Bariloche, donde él ganó una beca. “Ella tampoco puede abandonar todos sus proyectos por él”, opina Jaime, que es amigo de la pareja de Cami, pero para ella su relación con él es un proyecto en sí mismo, uno que comparten. Y puede, mientras tanto, tener los propios. Todos/as mis interlocutores y, en general, los y las jóvenes de clases medias urbanas tienen proyectos que ocupan sus días, ya sea estudiar, trabajar, participar de un grupo artístico o una organización política. Mantener una relación de pareja parece tratarse de un proyecto más. Todos deben poder funcionar en conjunto. Si eso no sucede, en determinados momentos, algunas personas, como Lucas, pueden decidir resignar el proyecto de pareja. Los proyectos de cada persona son una parte importante de los límites que se trazan a la hora de construir individualidad.

Tener algo “propio”, una vida por fuera de la pareja, es casi un imperativo para este grupo de jóvenes. Poder mantener cierta individualidad es algo positivo y no poder hacerlo, algo negativo. Martu compara su relación con su pareja con los otros vínculos importantes de su vida y reconoce que es un poco reticente a “abrirse” con él, porque le asusta la idea de “depender de alguien”, como le pasó a la pareja protagonista del tema de Miranda que da título a este apartado.

Cuando Bruno me contó sobre la separación con su exnovia, alegó que uno de los motivos fue que ella tenía una “devoción” hacia él que por momentos era “intensa y unilateral”. El caso contrario es el de Tomi. En su adolescencia salió con varias chicas y comenta que creía que tenía que “ceder absolutamente todo”, lo cual terminó siendo “destructivo” para él y debió trabajarla durante varios años en terapia para cambiar su forma de relacionarse.

Las situaciones en las que una persona parece centrar su vida en la otra son consideradas excesivas, ya que, al sacrificar su independencia estaría en algún punto abandonando su individualidad y arriesgando también la individualidad de la otra persona. Sin embargo, tampoco

parece positivo cuando una persona se despegá demasiado de la relación al prestar más atención a “sus cosas” individuales.

Cuando Jaime y su exnovia empezaron a salir, él tenía 25 años y ella 21. Al principio, según él, ella era muy “dependiente” de él y eso lo “ahogaba”. Mientras los años fueron pasando ella encontró gustos y proyectos por fuera de la pareja, hasta el punto en que la situación inicial se invirtió. “Pasó de estar todo el día en la relación a estar todo el día fuera de la relación”. Esta situación desembocó en el fin del vínculo. Según Jaime, no cortaron porque había algo *entre los dos* que no funcionaba, sino “por cuestiones que tenían que ver más con ella”.

Muchos conflictos entre dos, sobre todo en casos en los que una persona afirma sentirse mal por alguna razón, son atribuidas por los actores a “temas” individuales, que cada quien “trae” y tiene que “trabajar” para resolver, elementos que conforman la personalidad y/o la interioridad de las personas y que son, por eso, individuales: los gustos, las emociones, las ideas, las mañas, las historias que las conforman. En algunos casos, los problemas que puede llegar a generar este encuentro de individualidades se solucionan en conjunto, como pareja. En otros, sin embargo, la responsabilidad de solucionarlos es individual, aunque el trabajo individual suele implicar toda una red de otros/as, profesionales o no, como terapeutas y amigos/as.

Un ejemplo de la primera opción es Nacho, un joven de 24 años y estudiante para ser profesor de música, que me contó sobre las peleas con su novia. Al principio de la relación las peleas “se ponían bravas”. Él considera que se debían a las costumbres que “cada uno trae capaz de su casa” que se dejan ver en la forma de interactuar con la otra persona. A lo largo del tiempo fueron aprendiendo a resolver los problemas hablando y a vincularse con menos conflicto, es “un aprendizaje que uno siempre va haciendo en pareja”.

Sofi estudia contaduría y tiene 24 años. Ella y su novio tienen gustos muy diferentes. A él le gusta mucho Star Wars y a ella le gustan mucho las películas de Disney. Ella considera que es parte del “acompañamiento” y de la relación “a la par” de su noviazgo, buscar siempre hacer cosas que le gusten al uno y la otra. En ambos casos, las personas traen consigo gustos, mañas e historias individuales que al juntarse pueden provocar problemas y que no necesariamente se diluyen en una única continuidad. Pero es un trabajo y aprendizaje “de la pareja” encontrar estrategias para

prevalecer a pesar de ello. Sofi no busca que a su novio le guste Disney, sino que se acompañen mientras la pareja mira lo que le gusta. En el caso de Nacho, el aprendizaje no consiste en aceptar sin más lo que le molesta a uno de la otra, sino en poder arreglar los conflictos entre dos.

Un ejemplo de lo contrario es el de Bruno. Una vez estaba cuidando el departamento de su hermano mientras él estaba de viaje e invitó a una amiga cercana a dormir. Cuando le contó a su pareja, ella, enojada, comenzó a hacerle muchas preguntas. Entre otras, si habían dormido en la misma cama. Al principio Bruno le pidió perdón, pero después de hablarlo con sus amigos, se dio cuenta de que no tenía nada por qué disculparse y cuando volvieron a hablar del tema le dijo que si le había molestado tenía que “trabajarlo” ella por su cuenta. Bruno considera que aquello que a su pareja le molesta es un problema *de ella*, ya que lo que él hizo no era reprochable.

De esta manera, aunque en algunas ocasiones las personas deciden trabajar “en pareja” para poder confluir en la relación, muchos problemas y situaciones que hacen a uno/a sentirse mal son consideradas un producto de la interioridad individual, sus ideas y emociones y, por lo tanto, también su responsabilidad, ya que solo pueden ser elaboradas “desde adentro”.

Estas ideas suponen nociones modernas de la persona, como individuo portador de un yo autorreflexivo, autónomo y estratégico respecto de sus relaciones, parecido al sujeto de los estudios de Illouz (2016), y una forma de entender la pareja, consecuentemente, como un encuentro y arreglo específico entre dos individuos. Sin embargo, en estos relatos no son claros los límites entre lo que pertenece a cada uno/a y lo que queda en el terreno de lo mutuo, entre un balance entre la vida “dentro” de pareja y la vida fuera, entre lo que se considera bueno compartir y lo que es territorio del individuo.

Por otro lado, se deja entrever la influencia que las “terceras partes” tienen en la definición de las relaciones “de a dos” y la inseparabilidad de la esfera íntima y la económica y pública (Zelizer 2009). Amigos/as, familia, terapeutas y también chongos/as y ex novios/as participan de la delimitación de las relaciones por cuanto influencian su desarrollo, intencionalmente o no. Pero también las relaciones están atravesadas por actantes que unen o desunen a las parejas, como las películas de Disney, el monoambiente, el dinero que les permite o no vivir juntos/as. Así las parejas se hacen en una red de relaciones entre personas y cosas en las que se insertan, lo que Marentes propone llamar “constelación” (2019a).

LA INVESTIGADORA Y SUS INTERLOCUTORES, ¿UNA RELACIÓN DE INTIMIDAD? CONCLUSIONES Y UN POQUITO DE REFLEXIVIDAD

En este apartado, además de retomar las conclusiones del artículo, busco reflexionar brevemente sobre mi lugar como investigadora en el campo. Lo que mis interlocutores dijeron sobre su vínculo conmigo puede aportar a esta teoría nativa de lo íntimo. Siguiendo otros trabajos (Zenobi 2010; Marentes 2019b), me pregunto qué pueden enseñarme sobre aquellas relaciones que investigué las categorías y los lugares en los que fui reconocida por mis interlocutores durante el trabajo de campo. Algunos/as hicieron reparos respecto a *con quién* estaban hablando. Más o menos cuando llegamos a la mitad de la entrevista con Jaime, que fue una tarde de abril de 2021 en un espacio verde público, por elección suya, frenó un momento y comentó: “pa, me siento re raro igual hablando tanto, me estás reconociendo, superíntimo, sos mi psico”. Nos reímos por la comparación. Más adelante, ante algo que me contó, comenté que me había pasado lo mismo. “Uy, ¿me podés contar?”, preguntó Jaime con diversión. Claro, le dije, y en medio de la entrevista me puse hablar de mi relación con un chico con el que había salido. Él me dio su opinión. Por un rato nuestra relación se pareció menos a la de antropóloga y nativo, terapeuta y paciente, y tal vez más a la de un amigo y una amiga, porque se volvió menos unilateral cuando yo compartí con él algo similar a lo que él me contaba. Otros de mis interlocutores, cabe aclarar, sobre todo los varones, me compararon también con actores que cumplen un rol de confidente, una amiga, una terapeuta. Estos temas no se hablan con cualquiera, esto confirma, en algún punto, su carácter íntimo. Si bien estamos ante una “exhibición y tematización de la intimidad y del sentir individual en diferentes ámbitos de la vida pública” (Abramowski y Canevaro 2017, 9) a nivel global y local, hay partes de ella, niveles de detalle, refugios, que no dejan de ser privados.

Algunos/as de mis interlocutores todavía me contestan mensajes por WhatsApp de vez en cuando y, por supuesto, nos saludaríamos y, tal vez, charlaríamos un poco si nos cruzamos por la calle. Sin embargo, hablar sobre lo íntimo no hace íntima nuestra relación, al menos no en un único encuentro, pero sí hace íntimo el encuentro. Me sirve aquí la distinción que hace Zelizer entre lazos íntimos y escenarios íntimos (2009, 311). Mientras una entrevista etnográfica, en este caso, como una aventura

de una noche (*one night stand*), puede considerarse un escenario íntimo, tal vez solo en su repetición puede desarrollarse una verdadera relación de intimidad. Probablemente también mi lugar como antropóloga nativa me haya otorgado un lugar de privilegio para convertirme rápida, breve y esporádicamente en confidente de mis interlocutores, con quienes comparto una amplia cantidad de costumbres y probablemente también formas de relacionarme erótica y afectivamente, y acaso me haya ayudado a mantener una mirada no adultocéntrica (Elizalde 2020).

Para recapitular, a lo largo del texto trabajé sobre tres fronteras en las que mis interlocutores colocan los límites de su intimidad. La primera, que se corresponde con la oposición naturaleza-cultura, es la que separa el sexo de la afectividad. Esta última, que durante tanto tiempo perteneció al lado incontrolable de la naturaleza, en este caso quedó curiosamente del lado de la cultura. “Lo sexual” se considera una esfera relativamente autónoma, que puede no estar vinculada con lo emocional y puede activarse o desactivarse, sin que la intimidad dependa de ello. Existen personas con las que se tiene sexo, pero no relaciones consideradas íntimas, pues la intimidad está asociada a la historia compartida y la afectividad amorosa. Sin embargo, el cuerpo termina siendo indispensable para una experiencia completa (*full experience*) de la intimidad. Esto quedó de relieve durante los meses de estricta cuarentena, cuando el cariño a distancia y las llamadas no fueron suficientes. El afecto corre también por la piel, por la experiencia en vivo (*ao vivo*) del encuentro con otros/as.

Por último, una frontera se erige entre la intimidad compartida por dos y la intimidad individual. A las personas les gusta y les parece necesario contar con espacios y tiempos para uso individual, y esto no quiere decir únicamente en soledad, sino simplemente de forma independiente de su pareja. Es decir, tener sus propios gustos, amistades, actividades y reflexiones. Esperan, además, que sus parejas los tengan también. De otra manera pueden ser consideradas dependientes y arriesgarse, como en la canción de Miranda, a “perder personalidad” en la relación.

Así, mis interlocutores construyen relaciones íntimas e intimidad en el marco de sus relaciones erótico-afectivas poniendo fronteras que separan y diferencian y que, sin embargo, son constantemente cuestionadas y traspasadas en la práctica. Para sostener los límites de lo íntimo se precisa de un trabajo relacional y simbólico constante de separación que tiene fuertes arraigos culturales en el individualismo moderno y el amor romántico,

pero que también los desborda por todos lados. Estos/as jóvenes negocian los límites de su intimidad en cada relación de formas diferentes, aunque cultural e históricamente específicas.

Entonces, ¿cuál es la potencialidad de una antropología del amor? Creo que los estudios sociales sobre la intimidad, el amor, el erotismo, por un lado, y la disciplina antropológica, por el otro, pueden abrirse puertas mutuamente. Como traté de hacer en este artículo, a través de una visión antropológica del amor podemos comprenderlo de forma situada, sin intentar encajarlo en los modelos del norte global. Acceder a formas locales de experimentar el sexo, el erotismo, la afectividad, la pareja y a las maneras culturalmente específicas de interpretar y significar estas relaciones.

Ya comúnmente se acepta en el campo que el desarrollo del amor romántico en el mundo occidental estuvo ligado al desarrollo del individualismo moderno. Como podemos observar en este trabajo, la noción de individuo está sumamente ligada a las formas de interpretar y vivir las relaciones erótico-afectivas; sin embargo, tal y como señala Marentes (2019a), también es evidente en el escenario local que las “relaciones de dos” nunca son solamente de a dos, sino que están sumergidas en redes más amplias de relaciones en donde muchas más personas –familiares, amistades, profesionales– y cosas –dinero, objetos, ideas– participan de su definición. Como un hecho social total, el amor y las formas particulares de vivirlo están atravesados por nociones culturalmente específicas de persona –de cuerpo y género–, intimidad y naturaleza, entre otras, que han sido centrales para la antropología desde sus inicios y que pueden ser constitutivas de una antropología regional del amor.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abramowski, Ana y Santiago Canevaro. 2017. “Introducción”. En *Pensar los afectos: aproximaciones desde las ciencias sociales y las humanidades*, compilado por Ana Abramowski y Santiago Canevaro, 9-26. Los Polvorines: UNGS.
- Adamovsky, Ezequiel. 2013. “Clase media: reflexiones sobre los (malos) usos académicos de una categoría”. *Fundación Foro Nueva Sociedad*, 247: 38-49.
- Ahmed, Sara. 2015. *La política cultural de las emociones*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Barthes, Roland. 1986. *Fragmentos de un discurso amoroso*. Ciudad de México: Siglo xxi.

- Blanco, Rafael. 2014. “Intimidades públicas: experiencia estudiantil y normatividad sexo genérica en las instituciones universitarias”. *Revista Intersticios* 8, 1: 157-170.
- Bauman, Zygmunt. 2015 [2003]. *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bjerg, María. 2019. *Lazos rotos. La inmigración, el matrimonio y las emociones en la Argentina entre los siglos XIX y XX*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Briggs, Jean. 1995. “Las emociones tienen muchas caras. Lecciones Inuit”. *Etnografías Contemporáneas* 4, 7: 161-174.
- Castilla, María Victoria y Santiago Canevaro. 2021. “Masculinidad, intimidad y cuidados: ¿nuevas reconfiguraciones en la pandemia?”. *Revista Brasileira de Sociología da Emoção* 20, 58: 97-113.
- Canevaro, Santiago. 2020. *Como de la familia. Afectos y desigualdad en el trabajo doméstico*. Buenos Aires: Prometeo.
- Cosse, Isabella. 2010. *Pareja, sexualidad y familia en los años setenta. Una revolución discreta en Buenos Aires*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Di Leo, Pedro y Ana Clara Camarotti. 2015. “Todo puede, todo el tiempo, cambiar: (in)consistencias, agencias y procesos de individuación”. En *Individuación y reconocimiento: experiencias de jóvenes en la sociedad actual*, dirigido por Pedro di Leo y Ana Clara Camarotti, 335-364. Buenos Aires: Teseo.
- Díaz, Lucas, Ramiro Garzaniti y Eva Navarro. 2023. “Entre el amor romántico y el policonsumo de cuerpos: aproximaciones a las trayectorias eroticoafectivas y lógicas de homosocialización en usuarixs de Grindr”. *Mora* 1, 29: 135-154. <https://doi.org/10.34096/mora.n29.12749>
- Elizalde, Silvia. 2020. “Estudios de juventud en el Cono Sur: epistemologías que persisten, desaprendizajes pendientes y compromiso intelectual. Una reflexión en clave de género”. *Revista Última Década* 23, 42: 129-145. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362015000100007>
- Esteban, Mari Luz. 2007. “Algunas ideas para una antropología del amor”. *Revista Ankulegi*, 11: 71-85.
- Esteban, Mari Luz. 2011. *Crítica del pensamiento amoroso*. Barcelona: Bellaterra.
- Felitti, Karina. 2000. “El placer de elegir: anticoncepción y liberación sexual en los 60’s”. En *Historia de las mujeres en Argentina. Siglo XX*, editado por Fernanda Gil Lozano, Valeria Silvina Pita y María Gabriela Ini, 154-171. Buenos Aires: Taurus.

- Felitti, Karina. 2012. "Sexualidad y reproducción en la agenda feminista de la segunda ola en la Argentina (1970-1986)". *Estudios Sociológicos* 28: 791-812.
- Fernández, Paula y Joaquin Linne. 2019. "En búsqueda del match perfecto. Perfiles, experiencias y expectativas socioafectivas de jóvenes en torno a Tinder". *Revista Última Década* 27, 51: 96-122. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362019000100096>
- Ferrario, Constanza. 2019. "La ética del amor libre, los legados del amor romántico y las nuevas espiritualidades. Una etnografía sobre las transformaciones en los códigos sexo-afectivos en un colectivo de amor libre de la ciudad de Mar del Plata". Tesis de Licenciatura en Sociología, Universidad de Mar del Plata, Argentina.
- Gandolfi, Fernanda. 2020. "Sexualidad y clase: contra la cultura como expresividad. La distinción moral en la sexualidad y afectividad de jóvenes montevideanos". *Etnografías Contemporáneas* 6, 11: 8-35.
- García, Adriana y Pablo Cedillo. 2011. "Tras los pasos del amor: Un recuento desde las ciencias sociales". *Estudios Sociológicos* 29, 86: 551-602.
- García, Adriana y Olga Sabido (coords). 2014. *Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea. Algunas rutas del amor y la experiencia sensible en las ciencias sociales*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana de México.
- Giddens, Anthony. 1998 [1993]. *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Guber, Rosana. 1991. *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires: Legasa.
- Hochschild, Arlie. 2008 [2003]. *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Buenos Aires: Katz.
- Illouz, Eva. 2007. *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires: Katz.
- Illouz, Eva. 2009 [1997]. *El consumo de la utopía romántica. El amor y las tradiciones culturales del capitalismo*. Buenos Aires: Katz.
- Illouz, Eva. 2016 [2011]. *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica*. Buenos Aires: Katz.
- Illouz, Eva. 2020 [2019]. *El fin del amor. Una sociología de las relaciones negativas*. Buenos Aires: Katz.
- Londra, Paulo. 2019. *Tal vez*. [Canción]. Warner Music Latina.
- Mannay, Dawn. 2017. *Métodos visuales, narrativos y creativos en investigación cualitativa*. Madrid: Narcea.

- Marentes, Maximiliano. 2019a. “¿Amor a la latinoamericana? Cuestionando los presupuestos de la sociología del amor”. *Revista Argentina de Sociología* 15, 24: 7-28.
- Marentes, Maximiliano. 2019b. “Los de afuera no son de palo. Notas reflexivas sobre una investigación de amor en varones gais”. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales* 9, 2: 1-19. <https://doi.org/10.24215/18537863e063>
- Marentes, Maximiliano. 2020a. “Cosas que anudan a las parejas. Análisis de historias de amor gay en producción cultural argentina contemporánea”. *La Trama de la Comunicación* 24, 120: 124-144. <http://dx.doi.org/10.35305/lt.v24i1.720>
- Marentes, Maximiliano. 2020b. “En nombre del amor. Salidas del closet de varones gays”. *Unidad Sociológica* 4, 15: 10-18.
- Marentes, Maximiliano. 2021. “Levante gay. Modos diversos de ser responsables”. *Revista Anfibia*: 1-9.
- Marentes, Maximiliano y Mariana Palumbo. 2021. “¿El mundo se volvió gay?”. *Revista Anfibia* 7: 1-9.
- Margulis, Mario et al. 2003. *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*. Buenos Aires: Biblos.
- Miranda. 2008. *Uno los dos* [Canción]. Pelo Music s.a.
- Neiburg, Federico. 2003. “Intimidad y esfera pública. Política y cultura en el espacio nacional argentino”. *Desarrollo Económico* 43, 170: 287-303. <https://doi.org/10.2307/3455824>
- Palumbo, Mariana. 2014. *Las dinámicas de violencia contra las mujeres y el amor en los jóvenes*. Buenos Aires: Teseo.
- Palumbo, Mariana. 2017. “Experiencias de amor y violencia en los primeros noviazgos juveniles”. *Estudios Feministas* 25, 3: 1329-1346. <http://dx.doi.org/10.1590/1806-9584.2017v25n3p1329>
- Palumbo, Mariana. 2018. “Motivaciones y expectativas en las búsquedas de vínculos eróticos y/o afectivos”. *Cultura y Representaciones Sociales*, 25: 155-172. <https://www.culturayrs.unam.mx/index.php/CRS/article/view/593>
- Palumbo, Mariana. 2019a. “¡A jugar! La energía emocional en los eventos de speed dating”. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad* 11, 30: 35-46.
- Palumbo, Mariana. 2019b. *Solos y solas. Búsquedas de encuentros eróticos y afectivos entre cis heterosexuales*. Buenos Aires: Teseo.

- Palumbo, Mariana y Vanesa Vázquez (comp.). 2021. *Sociabilidad, violencias y erotismos en el ámbito universitario*. Buenos Aires: UNSAM.
- Rodríguez, Zeyda. 2019. “Imaginarios amorosos, reglas del sentimiento y emociones entre jóvenes en Guadalajara”. *Estudios Sociológicos de El Colegio de México* 37, 110: 339-367. <http://dx.doi.org/10.24201/es.2019v37n110.1683>
- Rodríguez, Zeyda y Tania Rodríguez. 2016. “El amor y las nuevas tecnologías: experiencias de comunicación y conflicto”. *Nueva Época*, 25: 15-41.
- Rutllant, Amanda. 2013. “Un amor estratificado: narrativas, prácticas y la infraestructura del amor de tres mujeres chilenas de diferentes estratos sociales”. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad* 5, 12: 9-21.
- Sessano, Merlina. 2022a. “Relaciones dibujadas: un acercamiento etno-gráfico a las relaciones erótico-afectivas de jóvenes universitarias cis heterosexuales en el AMBA”. Tesis de licenciatura en Antropología Social y Cultural, Universidad Nacional de San Martín, Argentina.
- Sessano, Merlina. 2022b. “‘Corazón, tú sí sabes quererme como a mí me gusta’. El trabajo en las relaciones erótico-afectivas entre jóvenes cis heterosexuales: narrativas, aprendizajes y comunicación”. *Revista Entramados y Perspectiva de la Carrera de Sociología* 12, 12: 744-782.
- Tenorio, Natalia. 2012. “Repensando el amor y la sexualidad: una mirada desde la segunda modernidad”. *Sociológica* 27, 76: 7-52.
- Trebisacce, Catalina. 2015. “Ambivalencias y disputas en torno a ‘la revolución sexual’, ‘la liberación de las mujeres’ y el ‘feminismo’ entre la militancia de los años setenta”. III Jornadas CINIG de Estudios de Género y Feminismos, La Plata, FAHCE-UNLP, 25 al 27 de septiembre de 2013.
- Zelizer, Viviana. 2009 [2005]. *La negociación de la intimidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zenobi, Diego. 2010. “O antropólogo como ‘espião’: das acusações públicas à construção das perspectivas nativas”. *Maná* 2, 16: 471-499. <https://doi.org/10.1590/S0104-93132010000200009>